CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

1865-1866. La proliferación del pecado I

MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del Catecismo de nuestra madre, la Iglesia. Estamos dedicando estos días al artículo titulado "El pecado", con subapartados como la misericordia y el pecado —que ya comentamos—, la definición del pecado, la diversidad de pecados, la gravedad del pecado, el pecado mortal y el pecado venial. Ahora entramos en el último subapartado, titulado "**La proliferación del pecado**", a partir del punto **1865**.

Leemos este punto:

1865. El pecado crea una facilidad para el pecado, engendra el vicio por la repetición de actos. De ahí resultan inclinaciones desviadas que oscurecen la conciencia y corrompen la valoración concreta del bien y del mal. Así el pecado tiende a reproducirse y a reforzarse, pero no puede destruir el sentido moral hasta su raíz.

La afirmación básica es que el pecado crea facilidad para el pecado. Creo que de eso somos todos conscientes. No es lo mismo que exista un pecado concreto y que haya habido una respuesta inmediata de arrepentimiento, con un propósito de enmienda, de modo que ese pecado haya sido puntual y que, gracias a Dios, haya habido como una reacción inmediata del penitente. Eso es una cosa. Otra cosa distinta es que un pecado haya creado una situación en la que, por no haber habido una respuesta a tiempo, poco a poco se haya ido creando un vicio, una facilidad, una proclividad hacia el pecado. Es distinto.

No hace mucho, una oyente preguntaba en el programa por qué, cuando nos confesamos, no solo pedimos perdón por un pecado concreto, sino que la Iglesia pide también que el penitente indique, más o menos, si ese pecado ha ocurrido una, tres o cinco veces, o si es un vicio adquirido. No es lo mismo que un pecado haya sido puntual o que haya sido repetido hasta crear un vicio. El pecado crea una facilidad para el pecado. ¿Por qué? Porque el hombre tiene en su conciencia una serie de fronteras morales.

Cuando digo fronteras morales, me refiero a que uno dice: «Yo no quiero caer nunca en ese error, no quiero pasar nunca esa frontera». ¿Y qué ocurre? Que cuando alguien rompe una frontera moral que había dicho no cruzar, acaba cruzándola.

En ese momento tiene dos posibilidades. Una es, como he dicho antes, el arrepentimiento pronto y profundo. La segunda reacción puede ser la de la autodecepción: «Dije que nunca iba a caer en esto y he terminado por caer».

En esa decepción, la persona busca una autojustificación como manera de tirar hacia delante, y acaba cayendo en una repetición que se convierte en vicio adquirido.

Alguien que ha pronunciado un «nunca más cometeré este error» puede verse reiterándolo al poco tiempo, o decirse «a partir de ahora voy a cambiar» y quedarse todo en agua de borrajas.

Todo eso puede conllevar que ciertas fronteras morales que nos habíamos trazado salten hechas añicos y se queden en un ideal de papel, en nada. Y eso conlleva una proclividad, una voluntad debilitada que se reitera en el pecado.

Existe ese riesgo: que el pecado, si no es prontamente combatido, si no le responde un arrepentimiento pronto, humilde y un propósito de enmienda firme, cree proclividad. Si uno se queda caído, en esa autodecepción es mucho más fácil que se reiteren los pecados.

De hecho, a veces suele darse el siguiente proceso: uno cae en un determinado pecado y dice: «Bah, ya he metido la pata; total, ahora que ya he caído, me es lo mismo cinco que quinientos. Ya estoy sucio, así que hasta que vaya a confesarme tengo barra libre».

Cuando alguien reacciona de esa forma, en el fondo está delatando que no tiene un verdadero dolor por los pecados. Porque si a mí me duele haber ofendido a un amigo, no me es igual haberle ofendido una vez que cinco. No es lo mismo darle una bofetada que darle cinco.

Pero cuando uno tiene un concepto incorrecto del dolor de los pecados —que en el fondo es una especie de orgullo herido porque he fallado—, entonces dice: «Total, si ya he roto mi imagen impoluta, ya me es lo mismo seguir fallando». Eso delata un falso concepto del arrepentimiento: no es un dolor de haber ofendido al Señor, sino un orgullo herido. Y ese orgullo herido crea proclividad para seguir errando. Todo esto hace que, como dice el catecismo, el pecado cree facilidad para el pecado. Y hay que estar atento, porque con el pecado pasa como cuando el agua cae por las laderas de un monte y ha abierto un surco: la próxima vez que llueva, el agua seguirá corriendo por ese mismo cauce, porque ya está abierto.

Eso también ocurre en nosotros: el pecado oscurece la conciencia, debilita la voluntad y acaba corrompiendo la valoración del bien y del mal.

Ese famoso refrán que tantas veces hemos repetido: «Si no vives como piensas, acabarás pensando como vives». Es un misterio en la vida, pero es así. Primeramente, el pecado debilita la voluntad; pero si uno se queda caído, si uno no se levanta con prontitud, al final acaba oscureciéndote también la conciencia. Uno se queda caído, y con el tiempo todo le parece normal. Lo que al principio reconocía como un error grave, después de mucho tiempo en el fango, acaba pareciéndole que el fango es lo normal. Uno tiende a valorar la realidad desde lo que le circunda. Si está en el fango, al final el fango le parece lo normal.

Primero es la voluntad la que se debilita, pero luego es la conciencia la que se oscurece. Y al final se acaba corrompiendo la valoración del bien y del mal.

Hay que distinguir dos cosas: el debilitamiento de la voluntad y la corrupción de la mente. Es mucho peor lo segundo que lo primero.

Cuando hemos caído en un pecado no ya solo por debilidad de la voluntad, sino que ya hemos llegado a oscurecer la mente —es decir, a entender como bueno lo que es malo—, el pecado se ha apoderado de nosotros de manera mucho más profunda.

Una cosa es que el pecado tenga su origen en la debilidad de la carne, y otra que tenga su origen en la soberbia del espíritu. Esto último es mucho peor.

Muchas veces decimos: «El problema del pecado es que nos falta fuerza de voluntad para hacer frente a las tentaciones». Sí, es cierto, pero no del todo. Nos falta fuerza de voluntad, pero también muchas veces es un problema de oscurecimiento de la mente: no ser capaces de valorar el mal como mal, como algo nefasto para mí, y el bien como bien.

El orden lógico por el que caemos en los vicios suele ser: primero, la debilidad de la voluntad, y después, de tanto estar en el fango, se van oscureciendo los criterios. Por debilidad de la voluntad, con el tiempo la razón y los criterios se van oscureciendo, hasta terminar llamando "bien" al "mal".

Pero para salir del vicio hay que hacer el proceso contrario. Si el vicio entró por debilidad de la voluntad y terminó oscureciendo la mente; para salir, hay que ir al revés: hay que afirmar los criterios para llegar a fortalecer la voluntad. Es decir: solo a la luz de la fe, solo a la luz de la palabra de Dios, seremos capaces de juzgar lo malo como malo, sin que nuestra conciencia lo justifique. Y así, con la fuerza de la fe, seremos capaces de fortalecer la voluntad. Hay que afirmar los criterios a la luz de la fe para que la voluntad se vaya fortaleciendo.

Si al vicio se llegó desde la debilidad de la voluntad hasta el oscurecimiento de la razón, para salir del vicio hay que afirmar a la luz de la fe los criterios claros, la distinción entre el bien y el mal, y así la voluntad podrá adquirir fuerza. Este es, por tanto, el punto de partida.

Cuando se dice que el pecado crea facilidad para el pecado, a eso se le llama vicio. Un vicio es la prontitud y facilidad para el pecado que alguien adquiere por la repetición de actos malos.

Conviene notar que lo mismo ocurre con la virtud, que ya lo explicamos en este programa. La virtud es el proceso contrario: por la repetición de actos buenos, alguien adquiere una prontitud para el bien.

No es lo mismo que alguien haga un acto de humildad voluntaria, a que sea humilde como virtud: quien tiene la virtud de la humildad no le cuesta ser humilde, porque por la repetición de actos de abajamiento ante los demás ha adquirido esa virtud. Lo mismo quien ha hecho actos generosos de caridad: acaba siendo desprendido por virtud adquirida.

De la misma manera que los pecados reiterados crean vicios, las obras buenas reiteradas crean virtudes que uno es capaz de realizar con prontitud.

La conclusión, como podéis imaginar, es la siguiente: ¿significa esto que el que tiene una virtud no tiene ningún mérito? No, porque para adquirir la virtud ha tenido que hacer actos buenos. Si ahora es humilde, generoso o desprendido, es gracias a que ha hecho actos buenos.

¿Y qué pasa con el que tiene un vicio? ¿No tiene ninguna culpa, siendo una mera víctima? No, hombre: tiene culpa, porque a base de reiterar un determinado acto malo ha llegado a adquirir ese vicio.

Por ejemplo, hay personas que tienen un vicio de blasfemar tan arraigado que blasfeman sin darse cuenta, en vez de dar los buenos días. Parece que no pueden controlar su forma de hablar. Pero han tenido culpa en llegar hasta ese vicio: la reiteración del pecado de blasfemia ha hecho que se adquiera.

Por lo tanto, sí somos responsables de nuestros vicios. Y la gracia de Dios es liberadora. Tenemos que pedir y ser mendigos de la gracia, iluminar nuestra mente para salir de ese oscurecimiento que conlleva el vicio, romper esa concatenación que es el vicio.

Para romper un vicio es muy importante dejarse iluminar por la luz de la fe, para desenmascarar esa esclavitud en la que el hombre ha caído, y dejarse liberar por la gracia de Cristo, que nos sana y nos regenera.

Un vicio determinado puede requerir una gran constancia para ser vencido. A veces el Señor concede gracias súbitas en las que una gracia especial corta de raíz con un vicio. Pero lo más frecuente es que el vicio sea vencido mediante una batalla en la que hay que ser perseverante. Uno ora, se confiesa, vuelve a caer, vuelve a confesarse, es fiel, ora y pide la gracia. El vencimiento de determinados vicios supone una batalla en la que hay que ser muy firme, supone una perseverancia y constancia en esa batalla contra ese vicio adquirido. Bien, esto es básicamente lo que se refiere en cuanto al punto **1865**.

Tenemos un momento de reflexión y continuamos.

(…)

Continuamos con el punto **1866**. Estamos en el apartado titulado "**La proliferación del pecado**" y dice el punto **1866**:

1866 Los vicios pueden ser catalogados según las virtudes a que se oponen, o también pueden ser referidos a los pecados capitales que la experiencia cristiana ha distinguido siguiendo a san Juan Casiano (Conlatio, 5, 2) y a san Gregorio Magno (Moralia in Job, 31, 45, 87). Son llamados capitales porque generan otros pecados, otros vicios. Son la soberbia, la avaricia, la envidia, la ira, la lujuria, la gula, la pereza.

El punto anterior hablaba de los vicios, de cómo los pecados reiterados crean facilidad para el pecado. Ahora se explica cómo esos vicios han sido catalogados especialmente por San Juan Casiano y San Gregorio Magno, bajo el concepto, ya consolidado en la tradición de la Iglesia, de pecados capitales.

La Iglesia nos enseña también cómo han de ser vencidos, insistiendo en las virtudes contrarias: contra la soberbia, humildad; contra la avaricia, generosidad; contra la lujuria, castidad; contra la ira, paciencia; contra la gula, templanza; contra la envidia, caridad; contra la pereza, diligencia.

Llama la atención el hecho de que los pecados se venzan trabajando las virtudes contrarias. No se trata únicamente de reprimir esas tendencias; es más: la única manera de vencer un pecado, no es la mera represión de la tendencia pecaminosa, sino ejercitar la virtud contraria.

Con la mera represión de una mala tendencia no somos capaces de vencerla. Lo que hay que hacer es cultivar el bien contrario: viviendo lo contrario, lógicamente desaparece lo malo, porque dos cosas contrarias no pueden tener lugar al mismo tiempo.

Nuestra moral no es una moral represora, como algunos piensan. La moral cristiana cultiva virtudes. En la medida en que crece la virtud, disminuye el pecado, el vicio. Son dos cosas incompatibles.

El hecho de que se les llame pecados capitales tiene su razón de ser: son raíz de otros pecados, la cabeza de otros vicios, de los que se derivan pecados concretos. Por ello puede ser muy conveniente examinar nuestra conciencia viendo qué pecados capitales están en la raíz de los pecados que cometemos. No sería bueno que nuestro examen de conciencia se limitara a un elenco de actos puntuales.

Como se dice: el árbol puede impedir ver el bosque. Ver el pecado en su conjunto es ver también qué está en la raíz de los actos incorrectos que cometemos. ¿Qué pecado capital nos mueve a cometer nuestros pecados concretos?

Hagamos un pequeño repaso de los siete pecados capitales, viendo cómo de cada uno pueden derivarse pecados personales muy diversos.

1. La soberbia

De la soberbia pueden derivarse pecados concretos muy diversos. Por ejemplo, que alguien rechace los buenos consejos que se le dan. La soberbia puede llevar a rechazar la palabra de los padres, un amigo, un profesor o cualquier persona de bien que quiere iluminar y encaminar, porque la soberbia impide aceptarlo.

La soberbia puede conllevar también pecados de vanidad: al soberbio le importa mucho su imagen, y de ahí brotan mentiras, hipocresía y el aparentar delante de los demás.

De la soberbia puede derivarse perfectamente el odio y la violencia: la soberbia puede estar en la raíz de actos violentos o de un odio interior.

También puede estar en la raíz de la calumnia: uno calumnia al prójimo porque parte de una postura soberbia que le hace percibir a cualquier otra persona como un enemigo que le hace sombra, que le quita centralidad. En su soberbia no quiere que nadie le quite protagonismo, y entonces tiende a calumniar a los demás para autoafirmarse.

Un pecado capital puede derivar en pecados concretos de género muy distinto: desde rechazar un buen consejo hasta la calumnia, la vanidad o la violencia.

Será muy importante que alguien descubra qué ha estado en la raíz de sus pecados concretos.

2. La avaricia

De la avaricia también pueden derivarse cosas muy distintas. Por ejemplo, que alguien tenga el corazón apegado a los bienes materiales y le falte disponibilidad para seguir al Señor, como le ocurrió al joven rico.

El joven rico no era capaz de escuchar la llamada del Señor y de responder con prontitud a aquel «vende lo que tienes, da el dinero a los pobres y ven y sígueme». Se puso triste porque tenía el corazón apegado a los bienes materiales, y esa avaricia le impidió seguir la vocación.

Por avaricia, uno puede también robar. Por avaricia, uno puede tener falta de caridad con el prójimo necesitado: como está apegado a los bienes materiales, al dinero, cuando el Señor le toca la puerta a través de la imagen del pobre, su corazón cerrado no le permite ser generoso. Es un tacaño.

3. La envidia

De la envidia también pueden desprenderse pecados concretos de género muy distinto. Por envidia, uno puede desarrollar unas esclavitudes, unas simpatías y antipatías muy marcadas, unos juicios parciales muy grandes: al que le cae bien se lo justifica todo, y al que le cae mal no le pasa una. Juzga con una dureza de corazón tremenda a quien le provoca envidia.

La envidia puede llevar también a unos celos devastadores que conduzcan a la depresión y al desprecio de uno mismo. Hay muchas depresiones que tienen su origen en la envidia: uno no se acepta como es porque quisiera ser como el otro, y de ahí viene la tristeza y el autodesprecio.

Por envidia, alguien puede incluso tener impulsos de violencia hacia otra persona. Fijémonos en los niños: cuando nace un hermanito, el mayor puede sentirlo como un competidor, y en cuanto la madre no le mira, se acerca a la cuna y le tira del pelo. Por envidia y celos, uno acaba siendo violento.

Es bueno que nos examinemos sobre cómo los pecados capitales están en la raíz de determinadas actitudes. El Señor nos da la gracia de desenmascarar qué es lo que anida en nuestro corazón y origina determinados pecados.

Tenemos un momento de reflexión y continuamos.

(…)

Continuamos la explicación del punto **1866**, sobre cómo los vicios generados por la repetición de pecados fueron catalogados en los llamados pecados capitales, especialmente por San Juan Casiano y San Gregorio Magno. Ya hemos explicado la soberbia, la avaricia y la envidia.

4. La ira

La ira también es uno de los pecados capitales del que pueden desprenderse pecados concretos muy diversos. Es muy frecuente que la ira provoque reacciones desproporcionadas, que muchas veces se padecen en el seno de la familia. Cuando alguien no se aguanta a sí mismo, suele ser especialmente cruel con sus seres queridos, generando grandes niveles de conflictividad en el hogar.

A veces vemos a alguien matar moscas a cañonazos: reacciona de manera totalmente desproporcionada ante algo trivial. Ocurre porque ha sido dominado por ese pecado capital de la ira y ha perdido la proporcionalidad en la manera de reaccionar ante los problemas.

También es frecuente que la ira sea el pecado capital que esté en el origen de la blasfemia: esa ira interior se focaliza y busca expresarse en un desahogo blasfemo.

Asimismo, hay muchas actitudes autodestructivas que tienen la ira como raíz. Es fácil percatarse de que algunas personas se refugian en la bebida o en las drogas como expresión de esa ira interior que llevan dentro.

Una actitud autodestructiva puede esconder la ira como pecado capital. No siempre será así —también puede haber otras causas, como falta de autoestima, timidez o complejos—, pero puede ocurrir.

También la violencia: la ira puede degenerar fácilmente en violencia y en faltas de caridad hacia el prójimo. Tener caridad supone tener paciencia; cuando no se tiene paciencia, es muy fácil caer en las faltas de caridad, especialmente con las personas más débiles.

5. La lujuria

De la lujuria también es impresionante ver cómo se deriva toda una concatenación de pecados de impureza. La lujuria es un pecado que tiende a ser obsesivo, y en la medida en que el hombre no luche con la pureza, con la castidad frente a ella, va concatenándose.

En esta sociedad tan erotizada somos testigos de cómo la lujuria acaba poniendo en marcha una espiral de pecados de impureza que no tiene fin y crea obsesiones. Vemos como la lujuria comienza con la masturbación, sigue con la fornicación, llega al adulterio, puede continuar perfectamente con la homosexualidad, …

Conviene aquí hacer una precisión: la homosexualidad puede tener distintos orígenes. En algunos casos puede estar relacionada con heridas afectivas sufridas en la pubertad o la adolescencia —falta de identificación adecuada con la figura paterna o materna— que han podido generar una tendencia. Pero también existe un tipo de homosexualidad cuyo origen es distinto: alguien que, metido en una espiral de impureza y buscando sensaciones nuevas, llega a ella como un paso más de esa concatenación de pecados de lujuria. Y que si el sadomasoquismo, etc.

Somos testigos de cómo la lujuria es un pecado capital que crea una obsesión tal que termina no teniendo fin, llegando incluso a la pedofilia y al abuso de menores.

La lujuria acaba dominando y oscureciendo la mente y debilitando la voluntad.

6. La gula

La gula se manifiesta de manera evidente en la relación con la comida y la falta de control. Muchas veces no comemos para vivir, sino que vivimos para comer. De lo que debería ser algo sencillo, hemos hecho casi un ídolo, un culto, un sibaritismo que se aleja de la austeridad en la forma de alimentarnos y de cuidarnos, que hace que el hombre esté lleno de egoísmos.

La gula es un pecado capital que conlleva que después seamos esclavos de nuestras apetencias: me gusta, no me gusta; me apetece, no me apetece. El hombre llega a ser esclavo de sus apetencias, cuando no ha cultivado la templanza, que es la virtud contraria a la gula.

La templanza es una actitud muy importante para que el hombre no sea esclavo de sus gustos, sino que sea su voluntad la que le conduzca, y no sus apetencias las que le arrastren.

Es muy distinto que la voluntad nos conduzca, a que las apetencias nos arrastren. La gula genera esclavitud y egoísmo: todo es lo que me apetece, lo que me sale, el yo constante. Y detrás de ello están la gula como pecado capital y la falta de templanza.

7. La pereza

La pereza, como podéis imaginar, genera generalmente pecados de falta de cumplimiento de los deberes de estado. Uno tiene una serie de deberes que realizar en esta vida, y la pereza los deja en el incumplimiento.

De la pereza se generan también pecados concretos de omisión: la falta de aprovechamiento del tiempo como don de Dios.

La pereza es un pecado capital que incide de manera muy especial en la parábola de los talentos. Dios nos dio unos talentos para hacerlos producir, para que redunden en su gloria y en el bien de nuestros hermanos. La pereza impide que el hombre sea lo que Dios quería de él; impide que la vocación que Dios tiene para nosotros se desarrolle.

Nuestra poca formación, el no dedicar tiempo a la lectura, a la palabra de Dios, el pasar tanto tiempo ante la televisión y tan poco ante el sagrario, el que no leamos cosas buenas: muchas veces tienen la pereza como pecado capital.

En resumen, este pequeño repaso de los siete pecados capitales nos lleva a descubrir que, como dice el catecismo, ellos generan otros pecados, otros vicios. Son llamados capitales porque generan otros pecados.

Tenemos que pedir a Dios que la luz del Espíritu Santo desenmascare esa raíz que está detrás de nuestros pecados: el pecado capital. Que la luz de Dios lo ilumine, que la gracia sane ese vicio adquirido y sea sanadora para nosotros.

¿Cómo? Ejercitando las virtudes contrarias. ¿Cómo? Recurriendo una y mil veces al sacramento de la penitencia, pidiendo la gracia sanadora.

El sacramento de la penitencia no es solo el perdón de los pecados; es también un aumento de gracia para poder obrar rectamente y vencer esos vicios que podemos tener adquiridos en nuestra vida.

Lo dejamos aquí. Hemos comentado los puntos **1865** y **1866**. Todavía nos quedará algún punto más sobre este apartado de la proliferación del pecado, que abordaremos si Dios quiere mañana.

Me despido con la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que descienda sobre vosotros.